

SAN ESTEBAN (26 de diciembre)

El martirio de san Esteban, a quien veneramos como el primer mártir del cristianismo, entra de lleno en la teología de la Encarnación del Hijo de Dios. Jesús vino al mundo para derramar su Sangre por nosotros. Esteban fue el primero que derramó su sangre por Jesús. Leemos en este Evangelio como Jesús mismo lo anuncia: «Os entregarán a los tribunales y seréis llevados ante gobernadores y reyes, para que deis testimonio». Precisamente “mártir” significa exactamente esto: testigo.

Este testimonio de palabra y de obra se da gracias a la fuerza del Espíritu Santo: «El Espíritu de vuestro Padre hablará en vosotros » (Mt 10,19). Tal como leemos en los Hechos de los Apóstoles, Esteban, llevado a los tribunales, dio una lección magistral, haciendo un recorrido por el Antiguo Testamento, demostrando que todo converge en la Persona de Jesús. En Él se cumple todo lo que ha sido anunciado por los profetas y enseñado por los patriarcas.

En la narración de su martirio encontramos una bellísima alusión trinitaria: «Esteban, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios». Su experiencia fue como una degustación de la Gloria del Cielo. Y Esteban murió como Jesús, perdonando a los que lo inmolaban: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado»; y rezó las palabras del Maestro: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen».

Pidamos a este mártir que sepamos vivir como él, llenos del Espíritu Santo, del cual María estaba llena de gracia.